

Verdad y ficción en la historia de la Bella Otero



Xavier Costa Clavell



Niza: La plaza Masséna y el Casino, hacia 1900.

LA vida de esta singular mujer gallega que, desde un humilde origen campesino, llegó a convertirse en una de las figuras más rutilantes del **demi-monde** parisiense de finales del siglo XIX y principios del XX —lo que se llamó «la belle époque»—, resulta no pocas veces desconcertante para quien pretende escribir sobre su personalidad y restablecer su verdadero perfil biográfico. La propia Carolina Otero enredó bastante las cosas al dictarle al periodista francés Claude Valmont sus **Memorias de la Bella Otero**, que no constituyen, en rigor, más que una especie de ingenuo argumento de la novela, entre rosácea y picante, que la bailarina hubiese querido haber vivido.

EN primer lugar, la Bella Otero no se llamaba realmente Carolina, sino Agustina. Era hija de una mujer soltera y llevaba los dos apellidos de la madre: Otero Iglesias. Los datos constan en el folio 193 del Libro V de partidas bautismales de la feligresía de Valga —pequeña localidad gallega próxima a Padrón, donde nació Rosalía de Castro—, folio que corresponde al 20 de diciembre de 1868. La niña había nacido el 4 de noviembre del mismo año. La madre de la que había de deslumbrar con su belleza a Europa entera vivía en una pobre casa de la

aldea de Cordeiro, de donde proviene el mote de «la Cordeirana» que llevó la Bella Otero en sus años infantiles.

LA CRUDA REALIDAD

Guido Artom, en un trabajo titulado «Aquellos señores de la "belle époque"» —aparecido en el número 93 de la revista «Historia y Vida», correspondiente a diciembre de 1975—, dice, refiriéndose a la famosa **demi-mondaine** gallega, que «hizo su aparición en

1891, en el mundo elegante del Casino de Montecarlo, y era entonces una muchacha muy joven, con una gran mata de cabellos negros, labios escarlata y la tez aceitunada de las andaluzas. Era menor de edad, casi una niña, pues tenía poco más de trece años, pero en el control la dejaron pasar porque estaba casada con un barítono italiano y el matrimonio confería en Montecarlo los derechos de la mayoría de edad». No se pueden escribir más inexactitudes en tan pocas líneas. Para empezar, la Bella Otero tenía en 1891 veintitrés años, y no trece. Sobre este punto no existe la menor duda. No sólo se cuenta con la partida de bautismo, sino también con el explícito testimonio de la bailarina. En 1955, el alcalde de la Valga, que lo era a la sazón don Luciano Cousiño, recibió —es de suponer que con el natural asombro— la siguiente carta:

«Niza, 9 de junio de 1955.

«Puente Valga de Galicia.

«Provincia de Pontevedra.

«Señor Alcalde:

«Me dirijo en estas líneas a usted para que se sirva tener la bondad de enviarme mi partida de nacimiento, que le digo a continuación:

«Agustina Otero Iglesias, hija de Carmen Otero Iglesias. Mi día de nacimiento es el 4 de noviembre de 1868, que espero que no me equi-

voque. Le ruego tenga la amabilidad de enviármela con toda urgencia.

«Adjunto le envío cupones internacionales para los gastos que pueda originar este envío (unas quince pesetas al cambio normal).

«Dándole las gracias anticipadas, le saluda

Otero.

«Mi dirección: NIZA, Srta. A. T. Otero, 26 Rue D'Angleterre. Nice».

Don Luciano Cousiño no pudo enviarle la partida de nacimiento, porque en 1868 no existía todavía Registro Civil.

En la postdata, como puede verse, la anciana se autocalifica de señorita, o sea, de mujer soltera. Ella tuvo un montón de amantes, pero marido parece ser que no lo cató nunca. Así pues, ese barítono italiano con el que, según Guido Artom, apareció en Montecarlo la Bella Otero —con «poco más de trece años»— o es una pura invención —como lo es lo de la edad de ella— o no era el marido de la bailarina, sino un amante más de los muchos que tuvo.

UNA NIÑA VIOLADA

La que con el tiempo había de hacerse más famosa como devota de Afrodita que como seguidora de Terpsícore, trabó conocimiento con el mundo del sexo a edad muy temprana. Y no fue precisamente su iniciación sexual como para predisponerla a seguir la carrera del amor. La primera vez que Carolina Otero fue poseída por un hombre no experimentaría ciertamente lo que se dice placer, sino más bien dolor, confusión, rabia, humillación, impotencia, porque contaba apenas once años cuando un salvaje la violó. No se trata de una mera conjetura mejor o peor adobada, sino de un hecho escueto debidamente comprobado. Hay un documento fehaciente al respecto. Es la requisitoria que el 9 de agosto de 1879 apareció en la tercera página del número 167 del Boletín Oficial de la Provincia de Pontevedra, en la sección de providencias judiciales, que decía literalmente lo que sigue:

«Don Juan Puig Vilomara, Juez de Primera Instancia de Caldas de Reyes y su partido.

«Por la presente, y término de 10 días a contar desde la inserción en los Boletines Oficiales de las cuatro provincias de Galicia y Gaceta de Madrid, llamo y cito en forma a Venancio Romero Conainas, hijo de Andrea, zapatero, de 25 años, natural de Santa María de Iria, en el Partido de Padrón, y vecino de Requeijo en este partido, ausente en ignorado paradero, a fin de



La Fornarina

que se presente en la Sala de Audiencia de este Juzgado a responder de los cargos que contra él resulten en la causa que se le forme sobre violación de la niña Agustina Otero, de Valga, advertido que de no hacerlo se declarará rebelde y le pasará el perjuicio que ha lugar.

»Al propio tiempo ruego a todas las autoridades y agentes de la policía judicial, que caso de ser habido procedan a su detención y luego le pongan a disposición de este Juzgado.

»Caldas de Reyes, julio, 26 de 1879. Juan Puig. D.O.S.S. Ramón Gómez Paseiro».

La denuncia había sido hecha en nombre de Carmen, la madre de la niña, pero la habían formulado y firmado dos mujeres, ya que la denunciante era analfabeta. Dos médicos, don José Benito Vázquez y don Francisco Vázquez, comprobaron que, efectivamente, la chiquilla había sido violada. El violador nunca llegó a ser capturado y la infeliz víctima, pasados los primeros días en que sus convecinos se comportaron solidariamente compasivos con ella, no tardó en ser acusada de llevar una vida de precoz putería. La existencia se le haría imposible, cercada por la miseria y la maledicencia, encerrada en el hostil ambiente aldeano. Es lógico que optase por huir. Y huyó. Parece ser que sus primeros pasos en la extraordinaria aventura erótica que había de terminar en Niza, con brillantes etapas en París, Berlín, San Petersburgo y otras capitales europeas, discurrieron en Santiago de Compostela.

UNA BIOGRAFIA ENTRE LA MARAÑA DE LA FICCION

Este origen humilde de Carolina Otero está documentalmente comprobado y en vano intentó ella inventar en sus **Memorias** una prosodia ribeteada de románticos rasgos elitistas. La famosa bailarina y cupletera le hace decir al periodista Claude Valmont —responsable literario de las **Memorias de la Bella Otero**— que había nacido en Cádiz y que era fruto de los apasionados amores de su madre, una gitana llamada Carmen, con un aristocrático oficial del Ejército griego apellidado Carasson. Mientras fueron amantes, los supuestos padres de la Bella Otero llevaron una vida de lo más novelesco que se pueda imaginar. La madre, cuando el apuesto y noble oficial griego la conoció, iba por los pueblos de Andalucía cantando, bailando y derrochando su salero gitano aquí y allá. En un sitio bailaba; en otro, cantaba; en el de más allá decía la buenaventura. Así, libre como los pájaros, se ganaba la vida ha-



La Chelito

ciendo lo que le gustaba. Todo cambió —según la ingenua y fantástica imaginación de la Bella Otero— cuando Carasson se unió a Carmen. El noble oficial se enamoró perdidamente de la hermosa y temperamental gitana. La requebró un día y otro, hasta que, por fin, consiguió hacerla suya. Primero —siempre de acuerdo con las amañadas **Memorias** de la bailarina—, la gitana y Carasson fueron amantes y después se casaron. Carolina Otero dice que ella y sus padres —una vez que regularizaron sus relaciones— se trasladaron a Valga desde Cádiz. El viaje resulta decididamente incomprensible, sobre todo si se tiene en cuenta la época —segunda mitad del siglo XIX— en la que Carasson, su mujer y su hija se trasladarían desde Anda-

La Bella Otero,
interpretando
«Carmen».



lucía a un pequeño y desconocido pueblo de la provincia de Pontevedra para pasar allí una temporada. La bailarina, para no falsear demasiado la verdadera imagen de su vida,

Para ganarse la vida, la Bella Otero debutó en el Teatro Avenida, aunque, dice ella, ya había hecho sus pinitos como bailarina en un cafetucho de Valga. Esta afirmación suya

largo de su vida fue creída poco menos que a pies juntillas —y todavía hoy sucede así— por muchos de los que escribieron sobre la Bella Otero, de modo especial en el extranjero. Los franceses nunca dudaron del origen andaluz de la bailarina. En las notas necrológicas aparecidas en la prensa gala a raíz de su muerte, salió a relucir el mismo estribillo. Se apoyaban los periodistas franceses no solamente en el título de andaluza que siempre había ostentado ella por decisión propia, sino también, fundamentalmente, en sus manipuladas **Memorias**.

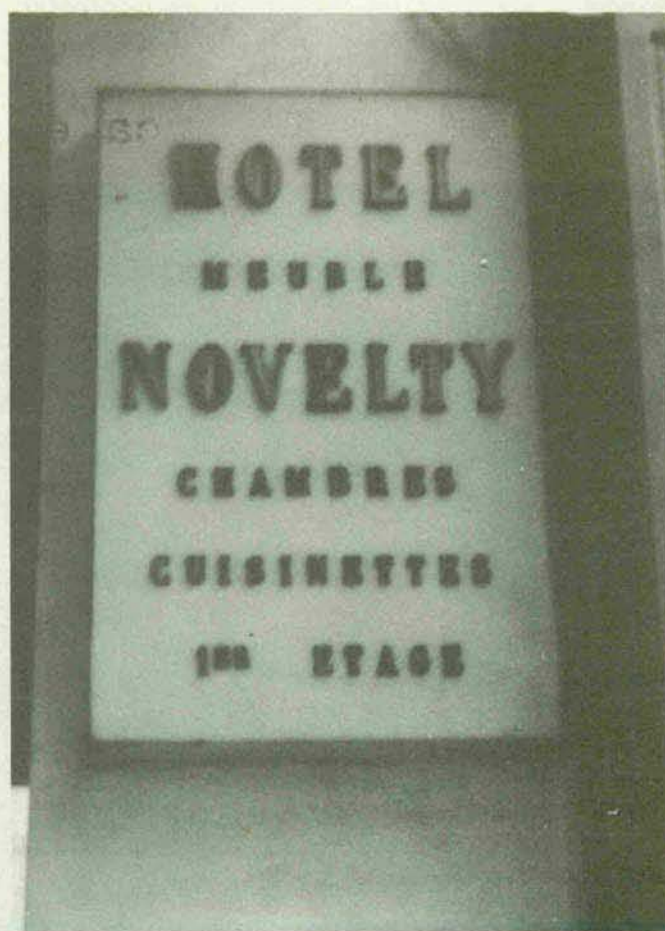
Se comprende que, por razones de propaganda profesional, Carolina Otero no dijese nunca que era gallega. ¿Cómo iba a triunfar en el mundo de los **music-halls** una bailarina gallega? No pegaban, ni con cola, Galicia y su mundo —un mundo triste y profundo, dramáticamente poético, cercado por el subdesarrollo y la incompreensión, un mundo antipático, maloliente y palurdo para las gentes cultas y sensibles— con el sofisticado mundo de papel de plata del París finisecular del «Moulin Rouge». Andalucía, en cambio, siempre tuvo mejor prensa que Galicia y su estupendo folklore fue, y no sin razón, mucho más publicitario que el gallego a la hora de pasar las fronteras. Una bailarina de origen andaluz contaba por aquellas calendas con un buen tanto por ciento de la benevolencia del público por el solo hecho de haber nacido al sur de la Península. La Bella Otero y sus mentores no ignoraban esto. El precedente de la irlandesa Lola Montes, que también se hizo pasar por andaluza, contribuye a explicar el «andalucismo» de Carolina Otero. La gallega inventó su propia leyenda andaluza al igual que Lola Montes, una leyenda de similar endeble consistencia.

LA BELLA OTERO, FIGURA ESTELAR DEL «MUSIC-HALL» Y DEL CUPLE

El mundo del **music-hall** y el del cuplé están estrechamente ligados y en los dos descolló Carolina Otero como primerísima figura.

El **music-hall** no es de origen anglosajón, aunque, a simple vista, lo parece, a causa de la palabra inglesa que da nombre al espectáculo en cuestión. El vocablo es utilizado indistintamente en todos los idiomas occidentales y no tiene en ninguno una traducción precisa. El **music-hall** tuvo un período de esplendor en los últimos años del siglo XIX y en los primeros veinte años del actual, y fue en Francia donde adquirió verdadera carta de naturaleza.

Oigamos lo que dice al respecto un escritor como Sebastián Gasch, una verdadera autoridad en estas materias y que con tanto encanto supo evocar el ambiente de los espectáculos de las primeras décadas de nuestro siglo: «Ocurre, en realidad, que el “music-hall” tiene su origen en el “Café cantante” francés del Segundo Imperio. El café cantante no tardó mucho tiempo en convertirse en “café concierto”, donde triunfaban los “fins diseurs”, los “chanteurs à voix”, los “comiques paysans”, los “comiques troupiers”, las “divettes” y los “gomeuses”. Poco a poco, los artistas de circo, de ascendencia inmemorial, se infiltraron en el café concierto, al mismo tiempo que las atracciones de feria, los mimos, los ilusionistas y hasta las bailarinas de ópera, reconstituyendo así la atmósfera creada en el siglo XVIII por un célebre precursor, Nicolet, que poseía la barraca más abigarrada y acreditada de las ferias de Saint-Germain y de Saint-Laurent. Nicolet intuyó el primer “music-hall” de variedades. Ese “sieur” Nicolet que inventó el dicho famoso (“De plus en plus fort, comme chez Nicolet”, o sea, el “todavía más difi-



En un apartamento amueblado como el del actual Hotel «Novelty» vivió sus últimos años Carolina Otero.

cil"), poseía a fondo el arte y la manera de atraer a las multitudes y conquistarlas. En un tablado formado en alto sobre un armazón, con su poquitín de teatro y su mucho de circo, se movía con frecuencia y violentamente una tropa bulliciosa de equilibristas, de funámbulos, de bailarinas, de saltadores, de prestidigitadores, de contorsionistas, realizando ya con anticipación la forma de "music-hall" de atracciones».

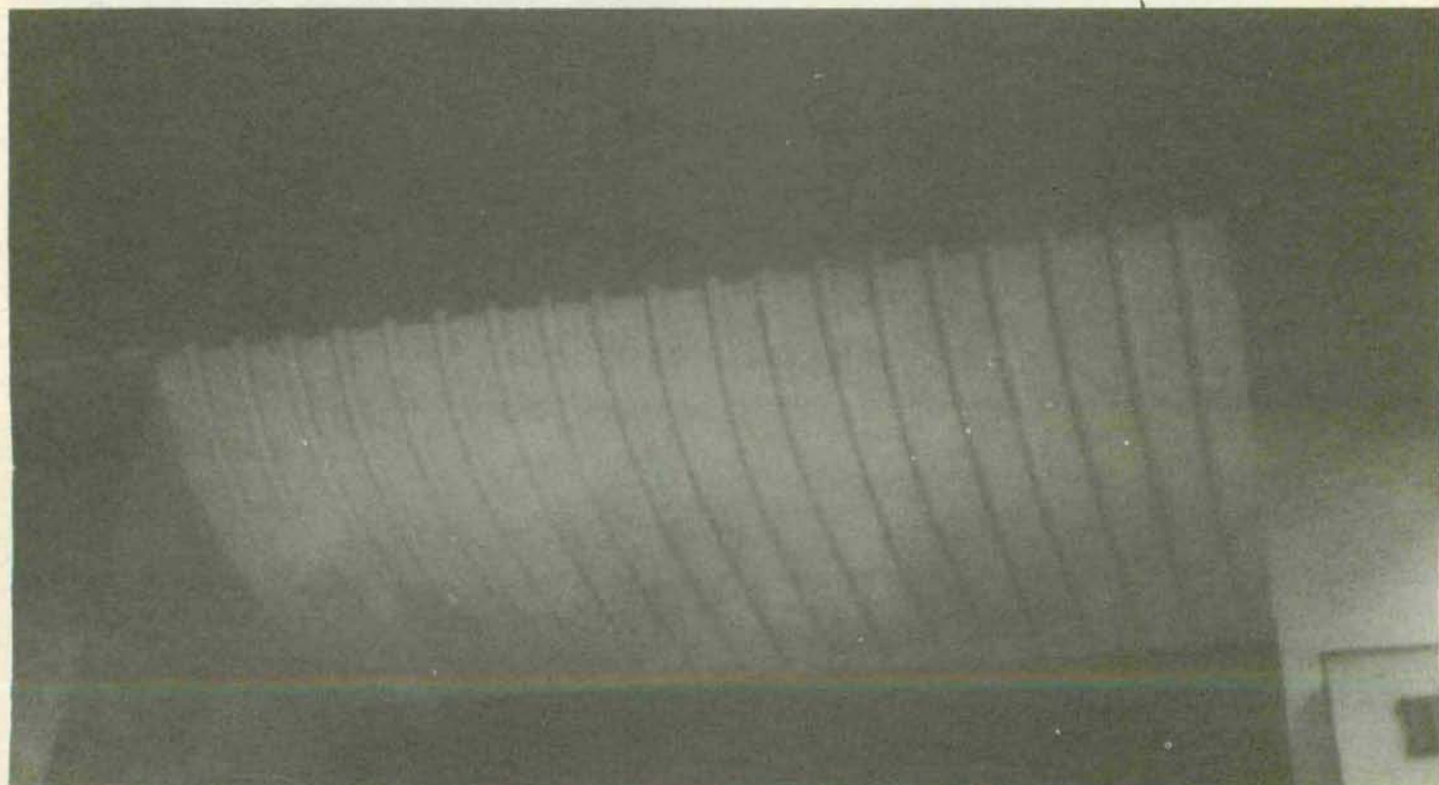
La otra vertiente artística —si así puede decirse— en la que destacó la Bella Otero fue la del cuplé, que, por otra parte, era cantado también en los locales denominados «music-hall». El cuplé es también de ascendencia francesa. Realmente, hay pocas actividades sugestivas y estrictamente frívolas que se hayan impuesto en el mundo moderno de Occidente que no sean de origen galo —mejor aún, para ser más preciso, parisiense— o, por lo menos, no hayan sido reelaboradas en París.

Hay quien cree que el cuplé es de cuna española. Pero ni siquiera el nombre lo es, ya que deriva de **couplet**, vocablo de clara raíz francesa. Lo que pasa es que suele confundirse el cuplé con la tonadilla. Entre ambos existe, desde luego, un indudable parentesco. Pero no son la misma cosa. El pueblo es el motivo de la tonadilla —«canción o pieza corta y ligera, que se canta en algunos teatros», según definición de la Real Academia de la Lengua—, que es, por lo tanto, estrictamente

popular, a la ida y a la vuelta: viene del pueblo y vuelve al pueblo. La tonadilla es mucho más española que el cuplé y resulta siempre, dentro de su común ligereza, menos sofisticada que éste.

«(...) En el cuplé —dice Angel Zúñiga, otro experto en estos temas— ya no es el pueblo el motivo fundamental de donde extrae su fuerza y vigor para sus letrillas (...). El cuplé es una creación de la ciudad, un hijo natural, naturalizado en el arroyo, como los del folletín lacrimoso. La poesía la dicta una musa artificiosa, avivada la palidez de sus mejillas con el colorete parisiense; las ojeras sombreadas con el lápiz mojado en los oscuros charcos de Pigalle; sobre la frente, el flequillo caído de Polaire, oleaje de mareas tempestuosas que se despeñan en el abismo de unos ojos negros».

En realidad, nadie ha llegado a definir el cuplé con precisión. El cuplé suele ser flor efímera. En seguida una letrilla pasa de moda y es sustituida por otra. La característica más definida del cuplé es precisamente la fugacidad de su vida y también, todo hay que decirlo, la cursilería que informa las canciones. Un cuplé adquiere rápidamente tufillo a trasnochado. Se pone una letra de moda y la canta todo el mundo. Pero, de pronto, sin saber muy bien por qué, ya no la canta nadie, y es otra letra —con los mismos quilates de cursilería y reprimido erotismo— la que adquiere repentinamente el favor po-



Número 26 del inmueble de la Rue d'Angleterre, en que pasó los últimos años de su vida la Bella Otero.



Fachada de la casa de la Rue d'Angleterre de Niza, en que vivió y murió la Bella Otero.

pular, para perderlo a su vez con igual rapidez.

El cuplé fue el vehículo expresivo que permitió triunfar en su medio a mujeres como la Bella Otero, la Fornarina, la Chelito, Raquel Meller. Posiblemente la primera y la última hubiesen descollado igualmente sin la postiza gracia pícaro de las letrillas procaces —sobre todo para la época en que se hicieron populares— del cuplé de finales del siglo XIX y principios del XX, e incluso sin haber sido mujeres bonitas. Carolina fue realmente una mujer de espléndida belleza, pero Raquel no era físicamente lo que se dice una real hembra, sino más bien todo lo contrario. Es dudoso que la gran mayoría de las cupletistas que se hicieron famosas hubiesen triunfado sin estas dos armas temibles en ciertos ambientes burgueses de la época: una canción sicalíptica y un físico atractivo, incitante. Desde luego, es casi seguro que la Bella Otero hubiese destacado por sus propios méritos artísticos en el mundo de las tablas. Baste tan sólo recordar el triunfo que la bellísima bailarina gallega obtuvo, en 1907, actuando al lado de Georges Wague, en el ballet-mimodrama **Giska, la bohémienne**.

Colette, la sutil escritora francesa, que parecía tener la sensibilidad del lomo de un gato para captar y transmitir literariamente los mil matices voluptuosos de una sensación, describió en uno de sus libros una escena encantadora en la que aparece la Bella Otero, ya en los años del ocaso, preparándoles a los Willy —Colette todavía era Madame Willy— un cocido español. Mientras hervía la olla, Carolina Otero irrumpió de improviso en el comedor, luciendo una mantilla de blondas, y se puso a cantar con su insinuante estilo:

**Tengo dos lunares,
tengo dos lunares:
el uno junto a la boca;
el otro donde tú sabes...**

Colette, que también había actuado en las tablas —si bien nunca llegó a sobresalir demasiado en ellas, para fortuna suya y nuestra, pues entonces tal vez se hubiese perdido la escritora capaz de escribir **Gigi** y otras deliciosas narraciones—, sentía una gran admiración por la Bella Otero. La consideraba una cupletista realmente excepcional y una artista de verdadera categoría.



Un aspecto de la casa en que vivió Carolina Otero desde 1918 hasta 1965.

En España la Bella Otero tuvo muchas rivales. Raquel Meller, por ejemplo, o la Goya, que fue, en su época y en España, tan popular y admirada como la gallega. Pero Carolina Otero, más cosmopolita, más afrancesada, a diferencia de la Fornarina, la Goya, la Chelito y otras renombradas cupletistas, famosas sólo en España, forma con Rosario Guerrero y Raquel Meller un trío de fama universal.

La Bella Otero no se casó jamás, si bien tuvo infinidad de amantes más o menos transitorios y estuvo enredada eróticamente con los más famosos y encumbrados personajes de su tiempo. Carolina Otero se refiere en sus **Memorias**, por ejemplo a Guillermo II de Alemania —el Kaiser—, al futuro Eduardo VII de la Gran Bretaña y a otros personajes de relieve con asombrosa familiaridad, igual que si los hubiese tratado de toda la vida. Y es que no hay nada que familiarice tanto a dos personas como compartir una cama. Guillermo II, dice la bailarina, la había rebautizado con el sobrenombre de «la salvaje», y el futuro rey de la Gran Bretaña, a la sazón Príncipe de Gales, se pasaba, al parecer, el rato contándole a la bailarina historias de subido matiz verde.

EL OCASO DE LA ESTRELLA

La Bella Otero, que ya había triunfado en el Casino de París, en el «Moulin Rouge», en el «Olympia», en el «Folies Bergère» y en el «Alhambra», locales famosos en la historia del espectáculo nocturno parisiense, volvió una vez, una sola vez, a Galicia. Fue un mes de julio, por las fiestas del Apóstol Santiago, y pasó por Valga, acompañada por un desconocido, en un magnífico landó tirado por seis caballos. Parece ser que ni siquiera se detuvo en su pueblo natal para ver a su madre y se encaminó directamente a Compostela. «A pesar de todo —dice el periodista gallego Fernández Ferreiro—, cuentan en Valga que Carolina Otero no era una mala hija. Precisamente enviaba regalos a su madre. Preferentemente ropas. Sus viejos vestidos. En Puentecesures —villa próxima a Puente Valga— se conserva una curiosa media, muy deteriorada ya, que perteneció a la Bella Otero».

Tras haber vivido a lo grande por toda Europa y derrochado una fortuna en los casinos de la Costa Azul, Carolina Otero vivió largos años en Niza poco menos que en la miseria. Sus únicos ingresos procedían de la pensión

que le pasaba el Gobierno francés por su condición de miembro de la Legión de Honor.

Retirada de las tablas, arruinada y desvinculada del brillante mundo que la había admirado y hecho de ella poco menos que una reina del erotismo, Carolina vegetó oscuramente hasta 1965, año en que murió, en el «Hotel Meublé Novolty», instalado en el primer piso de la casa que ocupa el número 26 de la Rue d'Angleterre de Niza. Se trata de un edificio de cuatro pisos, con balcones

de hierro y amplias ventanas con las persianas pintadas de verde, que no resulta ciertamente muy evocador que digamos y no sugiere en modo alguno, por más que se fuerce artificialmente el motor de la imaginación, escenas y situaciones propias de aquel rutilante mundo de frívolo derroche en que vivió inmersa la Bella Otero en sus años de esplendor. Al morir la bailarina, en su habitación no fueron encontrados más que 500 francos y un montón de joyas falsas. ■

X. C. C.



La Bella Otero.